
Un futuro en positivo. La cooperación internacional en el siglo XXI, de Michael Edwards	187
Por cuatro duros: Cómo (no) apañárselas en Estados Unidos, de Barbara Ehrenreich / Hard work. Life in LowPay Britain, de Poly Toynbee	190
La política vernácula. Nacionalismo, multiculturalismo y ciudadanía, de Will Kymlicka	197
Terrorismo de alcance global: impacto y mecanismos de prevención en América Latina y Caribe, de Francisco Rojas Aravena	200
Guerras por los recursos. El futuro escenario del conflicto global, de Michael T. Klare	203
Mujeres contra el ALCA: razones y alternativas, de Irene León y Magdalena León T. (Coords.)	205

UN FUTURO EN POSITIVO. LA COOPERACIÓN INTERNACIONAL EN EL SIGLO XXI

Michael Edwards
Intermón Oxfam,
Libros de encuentro N° 11,
Barcelona, 2002,
419 páginas.

Pese a la actitud complaciente de las ONG y las agencias oficiales, la cooperación al desarrollo no goza de buena salud. Año tras año se invierten miles de millones de dólares con el objetivo declarado de reducir la pobreza pero, a menudo, la ayuda se otorga en función de intereses nacionales de los donantes, y sostiene regímenes dictatoriales y gobiernos corruptos. En numerosas ocasiones, los donantes actúan por su cuenta y riesgo sin coordinarse entre sí, y la ayuda apenas puede paliar los costes que supone el proteccionismo comercial o la deuda externa. Dado que la ayuda se otorga de forma voluntaria y discrecional, los donantes no se sienten responsables ni rinden cuentas de sus fracasos. En esas condiciones, es muy difícil que la cooperación sea eficaz y su legitimidad se debilita. Nada de esto es nuevo. En los últimos años buena parte de la bibliografía parece empeñada en demostrar que la cooperación al desarrollo no funciona, y muchos autores reclaman su desaparición. La corriente neoliberal cree que la ayuda ha sido dañina al alentar políticas estatistas, la corrupción y la ineficiencia, y consideran que la ayuda debe desaparecer y que la financiación del desarrollo debe estar en manos del mercado, que

asegura una asignación más eficiente de los recursos. En el otro extremo, los sectores más críticos del mal llamado “movimiento antiglobalización” ven en la ayuda al desarrollo un instrumento de penetración de los valores occidentales, el capital transnacional y la globalización neoliberal, por lo que también debe ser abolida.

En este contexto, incluso los defensores del *statu quo* se han visto obligados a adoptar un discurso reformista. Desde mediados de los años noventa, las organizaciones internacionales y los países donantes, agrupados en el Comité de Ayuda al Desarrollo (CAD), han intentado renovar los fundamentos doctrinales y la legitimidad de la cooperación al desarrollo. Según el discurso oficial, la Guerra Fría y el neocolonialismo distorsionaron la ayuda al desarrollo durante décadas, impidiendo que ésta cumpliera sus objetivos. Pero con la posguerra fría y la globalización esos condicionantes han desaparecido, y eso permitirá que los donantes dejen a un lado sus intereses egoístas, y la ayuda, ahora sí, responderá a sus objetivos declarados de desarrollo y lucha contra la pobreza, que la globalización hace más perentorios. En lo esencial, esta es la argumentación en la que descansa la nueva política contra la pobreza del Banco Mundial, formulada por su presidente James Wolfensohn desde 1995; y el compromiso de los donantes del CAD con el objetivo de reducir la pobreza extrema a la mitad en el año 2015, adoptado en 1996, que se incorporó a los “Objetivos de Desarrollo del Milenio”, adoptados por la Asamblea General de Naciones Unidas en 2000. Con más de 20 años de

experiencia en organizaciones como *Save The Children* y Oxfam, Michael Edwards es una voz autorizada para terciar en este debate. En *Un futuro en positivo*, Edwards presenta una inusual combinación de crítica vehemente, pero rigurosa, de lo que va mal en la ayuda al desarrollo, y un alegato apasionado a favor de un nuevo enfoque del desarrollo y la cooperación internacional. Edwards es radical en su crítica, pero no llega a asumir las ideas deconstructivistas del “postdesarrollo”. Aunque el desarrollo es un concepto en crisis, la idea de progreso aún está vigente, y ningún relativismo cultural debería negar “el derecho a tener derechos”. Pero ello no supone que Edwards respalde la retórica reformista de los donantes. Sus propuestas se encuentran muy cerca de las que han formulado los sectores más lúcidos del movimiento para una globalización alternativa. Los principales mensajes del libro son: primero, que la globalización económica y la aparición de amenazas transnacionales imponen una nueva era de cooperación internacional, y que la ayuda debería ser financiada por las nuevas organizaciones internacionales que asumirán la gobernación del sistema internacional y la provisión de los “bienes públicos globales” que la sociedad internacional necesita para funcionar. Segundo, que la ayuda al desarrollo, en su forma actual, ha fracasado. Por esa razón, más que aplicar soluciones preconcebidas, los donantes también deben orientar la ayuda a crear las capacidades endógenas que permitan que los países en desarrollo encuentren sus propias soluciones. El libro se estructura en dos

grandes secciones. En la primera, Edwards revisa el origen histórico de la ayuda y alega que el desarrollo no puede ser el resultado de un proyecto globalista que se basa en la conjunción del libre mercado, conforme a las prescripciones neoliberales del Consenso de Washington, y de los proyectos, a menudo atomizados y dispersos, de Naciones Unidas y las ONG. Tal y como sugiere la experiencia de Asia Oriental, el desarrollo es el resultado de factores políticos: un Estado fuerte y eficaz, la inversión en educación, la equidad social y las coaliciones de fuerzas locales. Edwards critica el simplismo tecnocrático de los proyectos de desarrollo de las agencias oficiales y las ONG: “Ningún país se ha desarrollado por medio de proyectos (...) aunque un mundo sin proyectos es inconcebible para muchos trabajadores de la ayuda, porque ofrecen un sistema fiable y controlable de repartir los fondos externos. Aunque sean ineficaces, los proyectos pueden generar un sistema de rendición de cuentas a corto plazo que dejará contentos a los que pagan. Ofertan el marco perfecto para una visión mecanicista del desarrollo basada en ingresos y gastos, y un colchón seguro para un sistema que no confía en dar dinero sin tenerlo todo atado y bien atado, y no está dispuesto a ceder el control sobre él”. Los proyectos, además, son “una máquina de despolitización de ONG asimiladas al sistema”, y sólo funcionan bien si fortalecen las capacidades de los actores locales para encontrar sus propias respuestas y enfrentarse a la oposición de los intereses creados. Edwards también afirma que la condicionalidad de la ayuda, que se ha ido extendiendo a casi todos los ámbitos a través del ajuste

estructural, es contraproducente. Ninguna política puede tener éxito si es impuesta desde el exterior mediante “palos y zanahorias”.

En uno de los capítulos más interesantes del libro, Edwards examina la ayuda humanitaria en las “emergencias políticas complejas”, y la tendencia a la politización y la instrumentalización de este tipo de asistencia, reclamando más atención a la prevención de conflictos y a la acción política necesaria para enfrentar las violaciones de los derechos humanos, así como una ayuda de emergencia orientada al desarrollo, que evite la aparición de “síndromes de dependencia” en los beneficiarios.

En la segunda parte del libro Michael Edwards plantea una ambiciosa agenda para el cambio. En primer lugar, sigue vigente el viejo proyecto reformista de “humanizar el capitalismo” mediante reformas estructurales — reforma fiscal, reforma agraria, más inversión en educación, entre otras — que aseguren la redistribución de la renta y el acceso a los activos productivos y a los mercados. En segundo lugar, la ayuda externa debe ser otorgada sin condiciones y a largo plazo, confiando en la creatividad y la capacidad de la gente para encontrar su propio camino. Para ello, propone crear “fondos de desarrollo nacional” financiados con impuestos internacionales, cuya gestión sería confiada a los gobiernos, la sociedad civil y las administraciones locales. El tercer elemento de la agenda es la gobernación global. Sin hacer referencia a ella, el autor recurre a la teoría de los “regímenes internacionales”. Ante la inverosimilitud de un gobierno mundial, el libro propone una

“gobernación sin gobierno” basada en acuerdos internacionales más fuertes, en la reforma de la ONU, la Organización Mundial del Comercio (OMC), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, y en bloques regionales, como la Unión Europea. Esta sección es quizá la más débil del libro. Edwards podría haber llegado más lejos recurriendo a los planteamientos de la “gobernación cosmopolita” y las “ciudadanías múltiples” de autores como David Held o Ulrich Beck, que se mencionan en el libro sin explorar su potencial. Esta agenda de cambios, intrínsecamente política, no se logrará a partir de los manidos clichés del *lobby* de la ayuda externa, pues el problema no es dar más dinero, más microcréditos, apadrinar niños o cualquiera de las falsas soluciones que a menudo ofrecen las ONG. Se requiere visión de futuro y liderazgo político, y ello sólo puede proceder de una “coalición rojiverde” planetaria de movimientos sociales que actúen a favor de un proyecto alternativo de globalización. Las ONG, según Edwards, tienen que decidir si forman parte de ese movimiento social o se convierten en meros contratistas de proyectos gubernamentales y en agentes de beneficencia funcionales a la globalización neoliberal. En la última sección del libro, dirigida a los trabajadores de las organizaciones de ayuda y cooperación, se reclama una “nueva generación” de profesionales y de organizaciones con capacidad de escuchar y aprender. Para las ONG de desarrollo, esto plantea un desafío importante: muchas organizaciones hoy son poco más que gestores tecnocráticos que

producen proyectos “en serie”, y no las “organizaciones de aprendizaje” flexibles y adaptables que requieren las nuevas visiones del desarrollo propuestas por Edwars. La edición española de *Un futuro en positivo* tiene un valor añadido: el interesante prólogo de José Antonio Alonso, uno de los principales expertos españoles en cooperación al desarrollo. Alonso abunda en algunos de los argumentos del libro: la necesidad de distinguir entre proceso e ideología en la globalización; los vacíos de jurisdicción que produce la existencia de una economía global, cada vez más integrada, y los Estados nación desde los que ejerce la acción de gobierno. También aborda el problema de las externalidades y los bienes públicos globales, de los que nadie se ocupa. *Un futuro en positivo* debería convertirse en uno de los libros de referencia sobre cooperación al desarrollo publicados en castellano. Es un libro riguroso, con un sólido respaldo bibliográfico, pero está firmemente asentado en la realidad y la práctica, y en un claro compromiso con la justicia. Por ello, a muchos les servirá de inspiración para avanzar hacia una cooperación al desarrollo que sirva, en palabras del autor, para asegurar “el derecho de cada uno a encontrar su propio camino, y la obligación de ayudar a los demás a recorrer los suyos”.

José Antonio Sanahuja
Profesor de Relaciones
Internacionales de
la Universidad Complutense de
Madrid

POR CUATRO DUROS : COMO (NO) APAÑÁRSELAS EN ESTADOS UNIDOS

Barbara Ehrenreich
RBA Libros,
Barcelona, 2003,
239 páginas.

HARD WORK. LIFE IN LOW-PAY BRITAIN

Polly Toynbee
Bloomsbury, Londres, 2003,
242 páginas.

Existen pocos ejemplos tan gráficos de la brecha entre ricos y pobres como la existencia de una separación física delimitada por barreras y guardias de seguridad. En EEUU, un país que ha visto su inclinación de pos guerra hacia la igualdad dar marcha atrás en los últimos treinta años, las instituciones que evidencian esta separación se conocen como “comunidades valladas”. Las estimaciones más recientes sugieren que un 6% de la población vive tras estas fortificaciones. Una vez fuera de ellas, sus residentes trabajan en oficinas, o deambulan apaciblemente en un centro comercial. En todo caso, casi siempre existe entre estos y los pobres una barrera física y un arma.

Al menos eso parece. El estudio realizado por Barbara Ehrenreich sobre trabajadores menos cualificados de EEUU, derrumba gran parte del mito de la separación física y la alta seguridad. Es cierto que existen vallas y armas, pero a lo largo del día, mientras los dueños de las viviendas se esfuerzan por subir la

escalera corporativa, un batallón de los ciudadanos menos privilegiados del país ocupa sus propias viviendas, inspeccionan sus cuartos de baño e intercambian comentarios jocosos sobre sus alfombras orientales. Cuando no están limpiando las casas amuralladas, les sirven la comida, cuidan de sus mayores o incluso reponen las existencias en las tiendas que ofrecen a las clases medias estadounidenses sus sesiones de terapia consumista. En lugar de una barrera entre ricos y pobres, se podría incluso decir que hoy existe un mayor grado de interrelación del que se conocía anteriormente, pero a un precio elevado. “Alguna extraña propiedad óptica de nuestra sociedad tremendamente polarizada y desigual hace que los pobres sean casi invisibles para quienes son, en cuestión de riqueza, sus superiores”, afirma Ehrenreich al final de su odisea por el sector servicios.

El tema de la invisibilidad, el hecho de que los pobres sean más bien eliminados del campo de visión de los ricos que proscritos de su círculo, es un aspecto central en estos dos libros. Ambos están escritos desde el punto de vista de experimentadas periodistas que deciden abandonar, de forma temporal, las comodidades de sus hogares y su elevado estatus para buscar cobijo donde viven los trabajadores más empobrecidos. No es, en ningún caso, un procedimiento periodístico novedoso: George Orwell realizó lo mismo en *The Road to Wigan Pier* (*El camino a Wigan Pier*) y en *Down and Out in Paris and London* (*Sin blanca en París y Londres*), y este proceso desveló las sórdidas tribulaciones de unas economías deprimidas. Pero la época en la que vivió Orwell era un periodo de escasez

generalizada, de sequía rural en el oeste de EEUU y de desempleo masivo en los centros industriales del Reino Unido. Sin embargo, Toynbee y Ehrenreich viven en sociedades supuestamente prósperas, cuyos medios de comunicación muestran una población con la capacidad de salir a comer fuera de casa, de ir de vacaciones al extranjero y comprar segundas casas, como si fuesen actividades normales. Su labor consiste en establecer lo que significa el ser pobre cuando la pobreza es, desde el punto de vista de la mayoría, poco más que un detalle en la estadística oficial.

No obstante, un estudio minucioso de estas estadísticas demuestra que mayorías significativas de gente en el mundo de habla inglesa han sufrido los crueles efectos de décadas de “economía reaganiana”, de “thatcherismo”, de reorganización empresarial, además de la moda de la especulación financiera. En EEUU, el 1% más próspero de la población ha disfrutado de aumentos salariales reales de un 157% desde 1979; mientras que, tal y como apunta Ehrenreich, “en el primer trimestre de 2000, el 10% de los trabajadores menos favorecidos ganaban el 91% de lo que ganaban en la lejana época de Watergate y de la música disco.” En su primer empleo como conserje de un hospital en Londres, Toynbee descubre unas características salariales ciertas para el conjunto del sector servicios: en términos reales, su sueldo se había deteriorado un 17% desde 1970. “Una enfermera que se forma durante tres años, gana menos que un agente inmobiliario que empieza a trabajar sin formación alguna. Un profesor con un diploma de posgraduado gana menos que un ejecutivo

medio, sin título, en una empresa mediana”, afirma Toynbee. Como le diría cualquier persona en el Reino Unido, si uno desea ganar dinero, lo mejor es no alejarse demasiado de los lugares por los que circula.

Estas cifras, aunque asombrosas, son relativamente modestas cuando se comparan con los miles de millones de pobres en el mundo en vías de desarrollo, o incluso comparadas con las penurias de los inmigrantes ilegales en Europa, tal y como las describe el periodista marroquí Rachid Nini, en su reciente, *Diario de un ilegal*. Si los compañeros de trabajo de ambas periodistas son desfavorecidos, sus condiciones en nada se asemejan a las de un obrero haitiano o a las de un sudanés que busca asilo político. Para los primeros la comida es abundante, incluso si los presupuestos para la compra son limitados, y los gustos giran alrededor de los alegres artificios del mundo de comida rápida, (a Ehrenreich le molesta ante todo la actitud de Rosalie, una de sus compañeras en una empresa de limpieza a domicilio, “por la mezquindad de sus almuerzos: sólo Doritos, media bolsa del día anterior o una bolsa pequeña recién comprada”). También son fácilmente accesibles varias líneas de ropa económica, pero decente, principalmente gracias al trabajo de las costureras del mundo en vías de desarrollo. Los británicos incluso han ofrecido subsidios públicos para acceder a la vivienda y a la cobertura sanitaria gratuita; lo que no ocurre en EEUU, donde a las habitaciones de motel se les llama casa, y donde cuarenta millones de personas viven sin seguro médico. En este sentido, Ehrenreich presenta el caso de Lucy, camarera de un restaurante, “una cincuentona de carácter simple y risa estridente que, hacia

el final del turno, cojea por una dolencia en la pierna cuya naturaleza no puede precisar sin el seguro de asistencia sanitaria”. Comer una bolsa de patatas fritas a lo largo de una jornada de ocho horas frotando suelos de mármol, o cojear sin que un gerente se dé cuenta, son claros ejemplos de cómo la pobreza puede subsistir como rango social subvalorado, incluso una vez colmadas las necesidades primarias. Los trabajadores con los que se encuentran ambas escritoras viven bajo la sombra de la riqueza, y se ven constantemente humillados y degradados por ella. Su ambición, sobre todo en EEUU, es escapar a su condición, pero la única salida que se les presenta es la de dedicarse con más ahínco a la causa corporativa —una causa, que, a su vez, les rebaja tanto a ellos como a sus esfuerzos, con el objetivo de mantener niveles salariales reducidos. Lo que surge de las traumáticas experiencias de Ehrenreich en el restaurante de Jerry, en el servicio de limpieza The Maids, o en la cadena de supermercados Wall-Mart, es el retrato de una clase de estatus bajo cuyo camino se ve cerrado por las abultadas clases opulentas (sobre todo en lo que se refiere a viviendas a precios razonables), y que reciben poco o ningún apoyo del Estado o de sus conciudadanos. Su única razón de ser es la de adaptarse a las fluctuantes necesidades de los empleadores; sus vidas son una emergencia constante, cuyo rumbo marcan las veleidades de los consumidores. En este sentido, las diferencias con la depresión de los años treinta son enormes. Los relatos de aquella época de Orwell, John Steinbeck y Walter Greenwood autor de *Love on the Dole (Amor en el paro)*, se centran en comunidades afligidas, cuyas fuentes industriales

de trabajo (sobre todo para los hombres) se habían extinguido. Los individuos cuyo destino les llevaba a formar parte de estos colectivos no tenían hacia donde dirigirse, y debían sobrevivir de la caridad de otros. Su principal catarsis se encontraba en alguna visita ocasional al cine (por aquel entonces conocido como “cinematógrafo” en Inglaterra), la biblioteca pública y/o el radicalismo político, ya sea el fascismo o el comunismo. A los pocos años, se entraría en guerra. Los sufrimientos esterilizados del mundo contemporáneo de habla inglesa, tal y como los relatan Toynbee y Ehrenreich, están muy alejados de ese purgatorio comunal de infame pestilencia y de hacinamiento. En primer lugar, ambas autoras, sobre todo la estadounidense, se muestran asombradas por el poder que ejercen las corporaciones empresariales modernas sobre la vida laboral de los pobres. Antes de la II Guerra Mundial, los trabajadores y los empresarios solían estar, por lo general, confinados en áreas geográficas concretas, lo cual ayudó a que la protesta sindical y la represión patronal se convirtiesen en aspectos habituales de la vida laboral. El trabajador dependía de su trabajo para sobrevivir, y este lo enorgullecía a menudo, aunque, al mismo tiempo, pudiera ser consciente del marco político que respaldó la subordinación del trabajo por el capital. La vida corporativa moderna es cualitativamente distinta. En palabras del periodista de derechas, Robert Kaplan, “necesitamos grandes corporaciones. Nuestra sociedad ha alcanzado un grado de complejidad social y tecnológica que obliga a producir artículos y servicios a un precio y con una calidad que las empresas más

pequeñas no pueden conseguir.” Aunque la inevitabilidad que otorga Kaplan a este proceso sea exagerada, no deja de ser cierto que la estructura empresarial moderna tiene un papel más penetrante en EEUU, y en cierta medida en el Reino Unido, del que tenía en la Inglaterra de Orwell. Tras dominar la producción, las empresas han ampliado sus miras, aprendiendo a influenciar y a impulsar la demanda de los consumidores y a captar la lealtad de los trabajadores que emplean; de esta forma, han perdido la reputación de rivales que tenían anteriormente. Además de ser poco cualificados, de estar mal pagados y mal formados, los personajes que aparecen en ambos libros arden de deseos de figurar en el mundo corporativo de ensueño. Tras dejar su dura labor de limpiadora doméstica para *The Maids*, en el estado de Maine, Ehrenreich pregunta a los demás trabajadores qué es lo que sienten al trabajar en mansiones de varios dormitorios con cuartos de baño individuales. “Ésta es la respuesta de Lori que, a los veinticuatro años, tiene una hernia discal grave y una deuda de 8.000 dólares con su tarjeta de crédito: “Todo lo que se me ocurre es pensar que me gustaría tener algo así algún día. Eso me motiva y no tengo el más ligero resentimiento porque, sabes, mi objetivo es llegar adonde ellos están”.

La mayoría de estas ambiciones están destinadas a no cumplirse, pero juegan un papel mucho más importante en las vidas de estos trabajadores de lo que lo hacían con anterioridad. Incluso si los patronos son crueles y vengativos, son, en todo caso, los portavoces de un mundo empresarial que se esfuerza por cumplir los deseos de los consumidores y, por tanto, merecedores de respeto. Si el

trabajo resultase del todo insoportable, como por desgracia suele ocurrir a menudo, entonces a los compañeros de trabajo de Ehrenreich tan sólo les queda consolarse con la certeza de que todo intento de resistencia puede, sencillamente, llevar a que la empresa se mueva a un entorno más acogedor, menos sindicalizado. El poder de la “retirada” empresarial, una seña de identidad de la globalización, es una amenaza que funciona con gran eficacia junto con la proverbial zanahoria del sueño americano.

Si algún trabajador tiene cualquier duda sobre la naturaleza exacta del poder en su lugar de trabajo, recibe una clara explicación recordatorio antes del inicio de la relación laboral. Los cuestionarios a los que un funcionario de recursos humanos obliga a responder a Ehrenreich, sin hablar de las pruebas obligatorias de detección de drogas que realizan un 81% de las grandes empresas estadounidenses, no parecen distar mucho de los mecanismos de control sobre las mentes.

“Aparecen las preguntas usuales sobre si un compañero de trabajo que roba debe ser perdonado o denunciado; si debe culparse a la dirección cuando las cosas marchan mal; si no importa llegar tarde cuando se tiene una buena excusa”, relata la autora tras su primera entrevista en un supermercado de la cadena Wall-Mart en Minnesota. El objetivo no es el de poner a prueba al candidato sino asegurarse de que éste tenga bien claro su posición en la jerarquía. Es como si la famosa tierra de las libertades individuales y del dinamismo económico sólo pudiera operar sobre una base de amable servilismo, mantenido a raya por una férrea disciplina psicológica y sobre el

comportamiento: según le recuerda Wall-Mart a la autora, los clientes son “invitados,” mientras que todo tiempo no invertido en sus necesidades es “tiempo robado.” En el Reino Unido, Toynbee descubre unos empleados más combativos en el sector de bajos salarios, pero una vez más la lógica empresarial ha alcanzado sectores que en la década de los setenta eran bastiones de la protesta colectiva. La pugna de Thatcher con los sindicatos y su determinación de liberar al sector público de su influencia, han resultado en un ridículo desfile de cuidadores de niños y de señoras que vigilan los almuerzos escolares por salarios ínfimos y con uniformes alegres y brillantes con los logotipos de sus empresas. Entidades públicas como los hospitales o las autoridades locales ahora están obligadas, por ley, a hacer uso de agencias privadas para prestar sus servicios –una reforma del gobierno del partido Conservador que Tony Blair se ha mostrado reticente a revocar–. No sorprende, por tanto, que el resultado haya sido una autentica orgía de recortes de costes, de la contratación de trabajadores temporales, y de aumento del trabajo realizado por persona. Para cualquiera que conozca la mezcla irreconocible de carnes y verduras que se sirven en los colegios a la hora del almuerzo, la imagen que da Toynbee de una cantina de colegio desbordada de trabajo resulta de lo más esclarecedora.

Las mentiras y la pátina verbal que emplean estos subcontratistas son increíbles. En un caso concreto, se le exige a Toynbee que firme un documento por el que renuncia a las regulaciones impuestas por la Unión Europea sobre la limitación de las horas de trabajo; más adelante descubrimos que al menos cuatro millones de trabajadores

británicos han renunciado de forma “voluntaria” a estas mismas limitaciones. En otro momento, descubre que debe servir de “embajadora” para una entidad local, dedicada al “cuidado de los consumidores” y a la “calidad del trabajo” —aunque siempre termina siendo un empleo de baja categoría que apenas le cubre sus gastos de alojamiento en unos lúgubres pisos de protección oficial en Londres—. Incluso una empresa de usureros ha aprendido la nueva jerga empresarial y anuncia sus empleos como “maravillosas perspectivas laborales con excepcionales beneficios”.

Las personas que trabajan en tales empleos desean algo mejor. Sin embargo, en el transcurso de los últimos veinte años, todo intento por avanzar más allá del escalón más bajo del mundo laboral se ha convertido en un paso cada vez más difícil a consecuencia de un segundo gran cambio en la vida pública. En lugar de la protección sindical y del fraude del bienestar, el Gobierno de Thatcher defendía una nueva filosofía del trabajo para colmar las necesidades del capitalismo. Los trabajadores, tanto los ricos como los pobres, debían ser responsables de sus actos u omisiones; los pobres debían percibir préstamos gubernamentales, no subsidios, y las nuevas condiciones salariales debían ser determinadas por la negociación individual, y no por el poder sindical. En principio, estas ideas no suenan demasiado perniciosas (Tony Blair concuerda entusiastamente con ellas). Pero, en realidad, han hecho que la vida de los pobres sea aún más dura, más dependiente de lo que había sido hasta entonces, y más sujeta a las necesidades de las empresas. Toynbee ofrece un ejemplo muy significativo de esta ideología. Hasta la década de los ochenta una

persona desamparada percibía dinero del Gobierno para comprar los muebles y enseres necesarios para vivir decentemente. El Gobierno conservador eliminó esta provisión y la sustituyó por un nuevo sistema de préstamos. Su argumento principal radicaba en que las concesiones eran abusadas por una oleada de personas que solicitaban dinero para adquirir útiles de jardín (este tipo de acusación era moneda corriente en la prensa tabloide británica de la época). Esta reforma ha conseguido poco más que los muy pobres sean aún más pobres. Efectivamente, el conjunto del discurso sobre la elección individual y la responsabilidad — de derechos ligados a obligaciones — está impregnada de dobles raseros. Para los ricos y bien educados ha supuesto un mayor poder para negociar condiciones salariales ventajosas, mientras también les ofrece la excusa de la “justa recompensa” cuando deciden dejar los servicios públicos y pagarse la sanidad privada, la educación privada y todo lo demás. No obstante, los que perciben bajos salarios no pueden saltar de un trabajo o servicio a otro sin más: sus recursos económicos son demasiado escasos y sus cuerpos están demasiado castigados para tales aventuras. Lo único que les queda es seguir trabajando por un salario miserable. Si el discurso de la responsabilidad moral tuviese algún sentido a este nivel, sería el de realizar un trabajo bueno y honesto a pesar de las condiciones materiales, y no tanto como consecuencia de ellas. “El trabajo puede convertirse en una actividad compulsiva, aún cuando se odia al empleador. Los ritmos conocidos, aunque severos, del trabajo físico, el perfeccionismo para mantener esa cocina impoluta, ordenada y

bien organizada, la tremenda dificultad de las tareas diarias parecen atarles de una forma perversa a su situación”, manifiesta Toynbee al respecto de sus compañeros de trabajo en la cantina escolar.

En EEUU es más habitual este tipo de estructura moral individualista, y sus efectos sobre los escalones más bajos son desalentadores. Una y otra vez, las relaciones que entabla Ehrenreich en el lugar de trabajo están mezcladas de sospechas y de desconfianza por parte de sus compañeros. En el restaurante de Jerry, ella misma, pierde su deseo inicial de apoyar a sus compañeros ante el desprecio de los clientes y de los jefes, y del simple vacío que supone servir comida de forma ininterrumpida. “Algo nuevo —algo detestable y servil— se me había contagiado,” escribe. El diagnóstico de Marx sobre el siglo XIX parece mucho más acertado para este tipo de trabajo que para el de la producción industrial: “una consecuencia directa de la enajenación del hombre del producto de su trabajo, de su actividad vital y de su vida como ser, es que el hombre se distancia de los otros hombres”.

En resumen, el auge del control corporativo hasta una posición dominante junto con la ideología de la responsabilidad individual han convertido a los pobres de EEUU y del Reino Unido en los despojos del sistema económico: su trabajo es poco atractivo, no tienen poder, y han perdido la posibilidad de reclamo social. Más allá del trabajo, deambulan hacia sus campings de caravanas o moteles de mala muerte (en EEUU), o se dirigen a edificios de apartamentos degradados (en el Reino Unido). Haciéndose eco de los estudios de Robert Putnam sobre el declive de la vida

asociativa en América del Norte, los trabajadores con los que trata Ehrenreich tienen escaso, por no decir ningún, interés en la vida pública. El único acto que encuentra de esta índole es una reunión en una iglesia, un sábado por la noche, en la que todo concepto de Jesús como activista en favor de los pobres y los débiles ha sido erradicado dejando en su lugar tan sólo una obsesión con la crucifixión y el sufrimiento de Cristo.

Estos libros, ambos muy recomendables, incluso si sus contenidos pueden ser difíciles de digerir, muestran hasta dónde han llegado estas dos sociedades desde los oscuros días de la década de los treinta. La vida es más limpia hoy en día, y trabajo hay, pero las sociedades resultantes parece que se tienen en pie tan sólo por ambiciones y sueños determinados en gran medida por las empresas y sus fieles aliados, los medios de comunicación. Aquello que es necesario, aunque cargue con la etiqueta del fracaso, el trabajo de bajo salario, es obviado sin más. La frustración que sintieron muchas personas ante la incapacidad de la sociedad estadounidense para reaccionar contra la guerra en Irak con algo más que la indiferencia o el solipsismo moral pudiera incluso remontarse a esto, a las miradas vacías que reciben a la señora de la limpieza en la oficina, al ayudante en el centro comercial, o a la camarera que deposita ante el cliente un plato que no podría permitirse para sí misma.

Ivan Briscoe

Periodista. Ha trabajado para el Instituto de Investigación Aenos, Buenos Aires Herald y el Correo UNESCO (ibriscoe@hotmail.com)

Traducción: Leandro Nagore

**LA POLÍTICA
VERNÁCULA.
NACIONALISMO,
MULTICULTURALISMO
Y CIUDADANÍA**

Will Kymlicka

Paidós,

Barcelona, 2003,

452 páginas.

Will Kymlicka es uno de los mayores exponentes del multiculturalismo. La presente obra es una colección de ensayos previamente publicados en distintas revistas especializadas. La teoría de los derechos de las minorías que subyace en este libro parte de la teoría propuesta por el autor en *Ciudadanía Multicultural*, un clásico sobre el tema.

Según Kymlicka, la inmensa mayoría de los debates sobre los derechos de las minorías no se establecen entre una mayoría liberal y unas minorías comunitarias, sino que son debates entre liberales sobre el significado del liberalismo. La discrepancia está en la interpretación de los principios liberal-democráticos en sociedades multiétnicas. Sin embargo, una de las razones principales de la dificultad de aceptar los derechos colectivos es el estatus moral de muchos de los grupos que demandan derechos. Kymlicka parte de la premisa de que la excepción son los grupos iliberales. Esto constituye un optimismo que sólo tiene fundamento si se refiere a sociedades como las que el filósofo canadiense hace mención, esto es, Québec, Flandes o Cataluña. Autores como Joseph Raz y Brian Barry están en completo desacuerdo con esta

afirmación. Los derechos de las minorías, en opinión de Kymlicka, no son el campo de enfrentamiento de comunitaristas y liberales, sino en muchos casos una respuesta a los propios procesos de construcción nacional, una vez abandonado el mito de la neutralidad etnocultural.

Considerados los Estados como “constructores de naciones”, en cuanto han estimulado y, en muchos casos, forzado a la población de un territorio a integrarse en instituciones públicas comunes y a emplear una misma lengua, las minorías etnoculturales se enfrentan a escasas alternativas: la asimilación, la construcción de instituciones separadas o el aislamiento voluntario. Muy pocas minorías nacionales han optado por la primera. Por ello considera que los derechos de las minorías son una respuesta defensiva a la construcción nacional estatal. Esto conduce a una de las principales preocupaciones del autor: la competencia entre el nacionalismo estatal y el nacionalismo minoritario. El diagnóstico que realiza Kymlicka es que la actual tensión entre ambos tipos de nacionalismos se debe más a la insensibilidad respecto de las aspiraciones nacionalistas de las minorías que al deseo de opresión de los nacionalistas estatales. No obstante, los Estados no sólo son constructores de naciones sino también destructores de naciones minoritarias, a las que se presiona hacia la asimilación.

La relación entre el nacionalismo y la inmigración ocupa varios ensayos de la obra de Kymlicka. Una comparación entre el multiculturalismo de inmigración y el nacionalismo minoritario

conduce a la conclusión de que las respuestas a ambos fenómenos sociales son diametralmente opuestas. El multiculturalismo no persigue la recreación de la cultura societal de los inmigrantes sino una mejora en los términos de la integración que considere su carácter gradual (intergeneracional) y el acomodo respetuoso y justo de las identidades. El nacionalismo minoritario, por el contrario, exige el mantenimiento de una cultura societal diferenciada, especialmente a través de derechos lingüísticos. Este proyecto de reproducción cultural exige el autogobierno en determinadas materias y el consiguiente control de ciertas instituciones y políticas públicas. Una de ellas es la concerniente a las decisiones sobre la inmigración al interior del territorio poblado mayoritariamente por la minoría nacional. Este es un aspecto importante para la conservación de la cultura societal, pues una minoría que no tenga facultades para controlar el flujo migratorio hacia su territorio puede llegar a estar en una difícil situación, sin mencionar que la inmigración puede ser usada por el Estado como instrumento de asimilación. Se observa aquí una tensión entre el nacionalismo minoritario y el multiculturalismo de inmigración que Kymlicka resuelve reconociendo la legitimidad de la reivindicación de los grupos nacionales de fijar su propia regulación sobre el tema. Establecer los límites de la tolerancia en las sociedades de acogida es otro de los asuntos importantes en la actualidad. La respuesta de Kymlicka es que la lógica del multiculturalismo implica la acomodación de la diversidad dentro de los

principios constitucionales de igualdad de oportunidades y de atención a los derechos individuales. Esta afirmación puede matizarse con relación a la buena voluntad que se observa en ciertos grupos de inmigrantes en la satisfacción de estos criterios. Pero, en relación al respeto de los inmigrantes a los valores liberal-democráticos, ¿se puede plantear en términos similares en referencia a las minorías nacionales liberales? ¿Es este enfoque el único que resulta coherente con los valores indicados en ambas situaciones? Si se acepta, como hace el autor, que la reproducción cultural al interior de una minoría nacional exige la adopción de determinadas medidas institucionales, lingüísticas, políticas, etc., ¿están también en este caso los límites de la tolerancia fijados por los valores liberal-democráticos? Tanto si la respuesta es negativa como afirmativa, la teoría de Kymlicka se enfrenta a un problema genuino. Para algunos, el autor peca en exceso ya que aceptaría la violación de esos principios, especialmente si se tiene en cuenta la poca claridad de su distinción entre restricciones internas y protecciones externas. Los derechos colectivos pueden referirse al derecho de un grupo a limitar la libertad de sus propios miembros en nombre de la solidaridad de grupo o de la pureza cultural (“restricciones internas”), o bien pueden aludir al derecho de un grupo a limitar el poder político y económico ejercido sobre dicho grupo por la sociedad de la que forma parte con el objeto de asegurar que los recursos y las instituciones de que depende la minoría no sean vulnerables a las decisiones de la mayoría (“protecciones

externas”). En la medida que la implementación de muchas protecciones externas, por ejemplo derechos territoriales de los pueblos indígenas, supone entregar poder al grupo como tal para regular las acciones de sus miembros con relación a la adquisición, el uso y aprovechamiento y la pérdida de derechos sobre la tierra, esa medida, que en principio estaba dirigida contra la sociedad englobante, se traduce en una medida sobre (y en muchos casos contra) los miembros del grupo. Para otros, su teoría sería aplicable sólo a minorías o grupos que aceptan el liberalismo. De ser así se restringiría su aplicación práctica hasta transformarla en una solución para un problema que no existe. En todo caso, la réplica del autor a sus críticos, que se incluye en este volumen, no llega a convencer plenamente, en especial por su insistencia en la idea de que la justificación de las culturas como contextos de elección se halla en la necesidad de proteger la capacidad de los miembros individuales de los grupos etnoculturales de realizar elecciones significativas. No en todas las culturas la autonomía personal ocupa un lugar preeminente. ¿Qué ocurre si la cultura de un determinado grupo nacional o étnico no es un contexto de elección que posibilite la toma de decisiones autónomas como supone Kymlicka?

Una posible respuesta se puede encontrar en la propuesta de liberalizar los grupos iliberales. De acuerdo a Kymlicka, el objetivo no debe ser la asimilación de la cultura minoritaria sino su liberalización con el fin de convertirla en el tipo de sociedad de ciudadanos libres e iguales que el liberalismo se

propone lograr. Esto plantea más preguntas: ¿Qué diferencia real existe entre asimilar una cultura y liberalizarla? ¿La liberalización no es acaso una forma eufemística de asimilación?

Kymlicka no acepta que el nacionalismo sea definido en oposición al cosmopolitismo. Ambos tienen, según él, un compromiso fuerte con los valores universales de libertad e igualdad. En este sentido, el nacionalismo implica una redefinición del cosmopolitismo. El desacuerdo más elemental entre cosmopolitas y nacionalistas liberales se reduce al rol del Estado en la protección y afirmación de las identidades nacionales. Los cosmopolitas ilustrados apostaban por un Estado neutral preocupado solamente de la protección de las libertades individuales. En cambio, los nacionalistas liberales consideraban que una de las tareas estatales era la promoción de las culturas nacionales. Ser nacionalista no supone, en opinión del autor, desdeñar las virtudes cosmopolitas, sino simplemente reconocer que la política democrática es la política de lo vernáculo, ya que un ciudadano medio solo se siente cómodo cuando delibera y debate asuntos políticos en su propia lengua. Sin perjuicio de compartir el ideal cosmopolita de David Held, sobre todo en cuanto al cumplimiento internacional de los derechos humanos, Kymlicka discrepa de que el Estado esté perdiendo su rol como comunidad política de destino y que la ciudadanía democrática deje de tener alcance nacional.

Al igual que otros libros del autor, éste está escrito en un lenguaje llano y accesible para un lector no erudito. Es un libro de lectura rápida. Quienes hayan leído

Ciudadanía Multicultural encontrarán aquí un refinamiento y ampliación de los argumentos del autor sobre los derechos de las minorías. Quienes por primera vez se acerquen a la obra de Kymlicka encontrarán una amplia y sistemática relación de materias de gran actualidad: la teoría de los derechos de las minorías, los nacionalismos minoritarios, los derechos indígenas, la inmigración, el cosmopolitismo, la relación entre ciudadanía democrática y la globalización, entre otros.

Ignacio Barrientos Pardo
Abogado, Diplomado en Estudios Amerindios, doctorando en derechos humanos

**TERRORISMO DE
ALCANCE GLOBAL:
IMPACTO Y
MECANISMOS DE
PREVENCIÓN EN
AMÉRICA LATINA Y
CARIBE**

Francisco Rojas Aravena
(Ed.)
FLACSO Chile,
Santiago de Chile, 2003,
139 páginas.

El orden internacional, definido por la aparición de nuevos actores en la escena internacional, y el proceso de globalización económica han sufrido profundas transformaciones tras los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 que han llevado a dos guerras, la de Afganistán y la de Irak, como consecuencia de la proclamada “guerra internacional contra el

terrorismo”. Estos acontecimientos obligan a una redefinición de la seguridad mundial y sus amenazas, y a replantear el modelo de gestión de los nuevos problemas globales en sus dimensiones política, social y económica.

Terrorismo de alcance global: impacto y mecanismos de prevención en América Latina y Caribe, es fruto de un seminario internacional organizado por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales de Chile (FLACSO Chile) y auspiciado por la Oficina del Área Andina y del Cono Sur de la Fundación Ford, en noviembre de 2001. En el libro, diversos autores de América y Europa ofrecen un análisis del nuevo “terrorismo de alcance global”, en palabras de George Bush, en cuanto a su definición, contenido, alcance y medidas de prevención, así como sus consecuencias e impacto en las políticas de seguridad y defensa mundiales y en las de América Latina en particular. Las definiciones de terrorismo son muy numerosas pero, en definitiva, hacen referencia a una estrategia, a una forma de ejercer la violencia sembrando el miedo en la población civil con objetivos políticos. En general, los autores coinciden en señalar que en el nuevo marco de la globalización y tras el 11 de septiembre los nuevos desafíos y amenazas obligan a elaborar un nuevo concepto de terrorismo, el terrorismo transnacional o de alcance global. El fenómeno terrorista no es nuevo, pero en su nueva manifestación global aparece caracterizado por un cambio cuantitativo en cuanto al número de víctimas, por ser acciones que se realizan en un tercer país distinto del de origen de los grupos terroristas, por su

elevado nivel de profesionalización y organización, y por su financiación clandestina en la que juegan un papel fundamental los procedimientos de lavado de dinero que se han convertido en una de las cuestiones prioritarias de las agendas de seguridad internacional. Pero no hemos de olvidar otras amenazas transnacionales a la seguridad global como son el crimen organizado y el narcotráfico, que comparten hoy esos rasgos comunes.

La respuesta internacional de condena al terrorismo de alcance global ha sido prácticamente unánime. Así, la Resolución 1373 de Naciones Unidas de 28 de septiembre de 2001 reafirmó que todo acto terrorista de carácter internacional constituye una amenaza para la paz y seguridad global. Pero esa unanimidad se rompe cuando se trata de encontrar el modo de gestionar o hacer frente a esa amenaza global. Como señala David R. Mares en el capítulo “El terrorismo de alcance global: bases para evaluar su impacto en el sistema internacional y en América Latina”, el acto terrorista por más violento que sea no determina la respuesta, el impacto del terrorismo internacional depende de las políticas que se apliquen después. En América Latina, tras los atentados del 11 de septiembre y las primeras reacciones de condena, apareció como necesario una redefinición del problema del terrorismo y de la seguridad a nivel regional. América Latina ha conocido episodios de terrorismo: el de Sendero Luminoso en Perú, los atentados de la DINA chilena en Washington, los atentados contra la Embajada de Israel o contra la sede de la mutual judía AMIA en

Buenos Aires. En los años noventa, la generalización del proceso de democratización y la gradual integración económico y comercial supuso para los países del Cono Sur el inicio de un proceso de confianza mutua y de concreción de iniciativas e instancias para la resolución pacífica y negociada de los conflictos y de cuestiones como el narcotráfico, el crimen organizado y el lavado de dinero, de especial relevancia en la región. Como recuerdan los autores, el narco-terrorismo colombiano es uno de los principales referentes de inseguridad en el área. Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) están considerados como grupos terroristas por el Gobierno estadounidense. Cabe preguntarse si la “guerra internacional contra el terrorismo” puede ser una política aplicable al caso colombiano o habría que encontrar una salida política negociada que parta de iniciativas diplomáticas.

Marcelo Fabián Sain, en el capítulo “Problemas globales, dilemas subregionales”, propugna que América Latina debe ser capaz de articular una conceptualización propia del terrorismo así como abordar el problema a nivel regional. Para el autor, la “guerra internacional contra el terrorismo (...) puede encubrir nuevas formas de dominio internacional asentado en una modalidad de ‘seguritización’ (aliento desde la esfera oficial de la militarización de la lucha contra el terrorismo) del fenómeno que excluya el multilateralismo y se oriente a formas unilaterales de imposición de parámetros que solamente

tengan en cuenta los intereses de ciertos sectores del Gobierno estadounidense”. Las iniciativas multilaterales y de resolución pacífica del terrorismo han sido muy variadas. Las últimas declaraciones de las Cumbres de las Américas han respaldado medidas de cooperación y coordinación regional e internacional para combatir el terrorismo y ello dentro del marco de la Carta de Naciones Unidas, el respeto al Derecho Internacional, los derechos humanos y las normas del Derecho Internacional Humanitario. En 2000 se constituyó el Grupo de Trabajo Especializado sobre Terrorismo para prevenir, combatir y eliminar el terrorismo, dependiente del Grupo de Trabajo Permanente sobre Terrorismo en el ámbito de las reuniones de los Ministros de Interior de Mercosur. Respecto al narcotráfico, otras iniciativas son el establecimiento de un Mecanismo de Evaluación Mutua en el marco de la Comisión para el Control de Abuso de Drogas (CIDAC), la aprobación de Planes en Mercosur o la creación en 2000 del Grupo de Acción Financiera de Sudamérica (GAFISUD), grupo análogo al Grupo de Acción Financiera Internacional contra el lavado de Activos (GAFI) pero en el ámbito sudamericano. Por último, destacar la adopción durante la XXXII Asamblea de la Organización de Estados Americanos (OEA), en junio de 2002, de la Convención Interamericana contra el Terrorismo (que se incluye íntegra en el libro) y en la que se reafirma que la lucha contra el terrorismo debe realizarse con pleno respeto al derecho nacional e internacional, a los derechos humanos y a las instituciones

democráticas, e incluye, entre otras, medidas para prevenir, combatir y erradicar la financiación del terrorismo, de cooperación en el ámbito fronterizo o de asistencia jurídica mutua. Estos esfuerzos a nivel institucional necesitan una realización efectiva por parte de los Estados para que no queden en meras declaraciones formales, reto difícil si se tiene en cuenta la debilidad político-institucional y financiera de la región. El libro no sólo ofrece distintas reflexiones sobre un tema que ocupa en estos momentos un primer plano en las agendas políticas de seguridad regional e internacional, sino que también plantea propuestas como las que incluye Manuela Mesa, del Centro de Investigación para la Paz (CIP-FUHEM), en el capítulo “Terrorismo, globalización y violencia religiosa: propuestas para la prevención”. El compromiso por la justicia global y el respeto a la legalidad; una mayor coordinación internacional en la lucha contra el terrorismo; abordar las causas que generan pobreza, violencia, exclusión en el plano político, social y económico; o fortalecer medidas preventivas de resolución pacífica de los conflictos, son algunas de sus propuestas. Como señala la autora, “el terrorismo, la inmigración ilegal, el crimen organizado o el narcotráfico no pueden ser objeto de una guerra sino de muchas acciones políticas, diplomáticas, económicas y policiales”. La seguridad es hoy un concepto amplio que incluye no sólo dimensiones militares sino políticas, económicas, sociales, humanitarias, medioambientales y de derechos humanos. Definir y establecer políticas de seguridad que tengan en cuenta estos

aspectos, así como sus dimensiones regionales, es un reto en el que debe incluirse la lucha contra el llamado “terrorismo de alcance global”.

M^a Antonia García Marín
Master en Relaciones
Internacionales
Centro de Investigación para la
Paz (CIP-FUHEM)

GUERRAS POR LOS RECURSOS. EL FUTURO ESCENARIO DEL CONFLICTO GLOBAL

Michael T. Klare
Ed. Urano,
Barcelona, 2003,
345 páginas.

Muchos de los recursos naturales básicos para el desarrollo de las sociedades se encuentran en una situación de creciente escasez. Por esta razón, y debido al poder y el bienestar que confieren, el control de los yacimientos de petróleo y gas natural, los suministros de agua y otras materias primas vitales como la madera o los minerales, se ha convertido en una cuestión cada vez más conflictiva.

Esta conflictividad queda patente si se tiene en cuenta que los recursos naturales juegan un papel de importancia creciente en la configuración de las políticas nacionales de los Estados. Así, los funcionarios de seguridad cada vez prestan más atención a los problemas de la competencia por el acceso a los recursos naturales cruciales; en especial aquellos que, como el petróleo o el agua, se encuentran con frecuencia en

áreas en disputa o políticamente inestables.

Michael T. Klare, titular de la cátedra Five College of Peace and World Security Studies en el Hampshire College de Amherst (Massachusetts), establece en este libro una nueva geografía del conflicto. Mientras que en el pasado el conflicto internacional venía determinado por la política o la ideología, el fin de la confrontación de bloques de la Guerra Fría y la demanda creciente de recursos por parte de las sociedades desarrolladas han supuesto un cambio de orientación. Así, según se desprende del exhaustivo análisis que realiza el autor, en las próximas décadas los conflictos vendrán determinados por el control de bienes económicos. La idea central de este libro es que las guerras por recursos naturales se convertirán en la principal característica de la seguridad internacional.

Aunque no se puede prever con exactitud la fecha y el lugar en que explotarán estas guerras (si es que alguna no lo ha hecho recientemente), ya es evidente la emergencia de una nueva geografía del conflicto: un escenario global en el que la competición por las materias primas es el principio gobernante que se esconde detrás de la disposición y el uso del poder militar. Se trata de una nueva geografía estratégica en la que los elementos definitorios serán las concentraciones de recursos, y no tanto las fronteras políticas. Distanciándose de autores como Samuel Huntington, que mantenía que el choque de civilizaciones dirigiría la política de la posguerra fría, Klare defiende que las luchas por el control de los recursos naturales serán los verdaderos motores de la política de este

siglo. El autor describe cómo en aquellas regiones de Asia y África en las que se concentran las reservas de petróleo —el Golfo Pérsico, el Mar Caspio y el mar de China Meridional— y agua — las cuencas del Nilo, el Jordán, el Tigris y el Éufrates, y las regiones del río Indo— se ha registrado un importante aumento de la presencia militar.

En este sentido resulta extremadamente interesante la idea de que en la actualidad parece evidente que los ejércitos pueden hacer poco para promover el comercio o asegurar la estabilidad financiera. Ahora bien, pueden jugar un papel clave a la hora de proteger las fuentes de recursos naturales, básicas para el desarrollo económico de las sociedades. Se trata de bienes tangibles que pueden encontrarse en una situación de riesgo en caso de darse una crisis política o un conflicto, y por esta razón muchos consideran que necesitan una protección “física”.

En el capítulo introductorio se analiza el nuevo escenario de seguridad global, que viene determinado por las complejidades de una demanda en aumento, la concentración de los recursos en Estados inestables y las competiciones entre países vecinos por la propiedad de los recursos. Los capítulos siguientes se centran de manera más concreta en la potencialidad de los conflictos en determinadas zonas como en el Golfo Pérsico y los mares Caspio y de la China Meridional por el petróleo; o en la cuenca del Nilo y otros sistemas fluviales multinacionales como los de las cuencas del Jordán, el Tigris y el Éufrates o el Indo, por el agua. Igualmente, y a pesar de no tener la misma importancia que los recursos mencionados

para el desarrollo de las sociedades, Klare también analiza la potencialidad de los conflictos por el gas natural, las piedras preciosas y los minerales desde Nueva Guinea hasta Sierra Leona. A pesar de que los últimos acontecimientos en Irak demuestran las tesis de Klare, el autor deja abierta la estrategia de la cooperación como la mejor solución a largo plazo a la hora de garantizar el acceso a los recursos. Pero esta estrategia demandaría una distribución equitativa de los recursos existentes en el planeta junto con un programa global de investigación sobre energías alternativas. La clave, según el autor, está en el establecimiento de una serie de instituciones internacionales que tratarían de resolver los problemas relacionados con el acceso a los recursos. Estas instituciones deberían tener la autoridad suficiente como para imponerse a los intereses nacionales y a la opinión pública. Mientras tanto, y a falta de estas instituciones, en el escenario actual los recursos limitados se combinan con la demanda creciente y la localización de estos en regiones divididas por tensiones étnicas y políticas, creando las condiciones previas a la guerra.

Mariona Rico
Politóloga

MUJERES CONTRA EL ALCA: RAZONES Y ALTERNATIVAS

Irene León y Magdalena León T. (Coords.)
 Agencia Latinoamericana de Información,
 Quito, 2002,
 192 páginas.

Las autoras de este libro analizan desde la perspectiva de género el significado del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), sus impactos sobre la producción nacional, el mercado laboral, la democracia, los derechos humanos y la soberanía territorial. Sin descuidar al conjunto de la población, manifiestan las consecuencias negativas que esta iniciativa tiene para las mujeres, que representan el 70% de los mil doscientos millones de pobres del planeta. Asimismo, presentan alternativas generadas por movimientos y organizaciones sociales frente al ALCA, y realizan un llamamiento para suspender las actuales negociaciones. Estas propuestas son resultado de la participación de la sociedad civil en pos de una integración regional con justicia social.

Los autores presentan los principios que guían al ALCA mediante la descripción de la génesis del acuerdo económico, de sus antecedentes y de los actuales grupos temático-negociadores que lo conforman, en los que intervienen representantes del sector gubernamental y empresarial. El acuerdo del ALCA excluye la consulta parlamentaria y democrático-popular para definir procesos nacionales de integración y de desarrollo acorde

a cada sociedad. Surge en 1994, en la Cumbre de las Américas, como un acuerdo entre representantes de gobierno. Su antecedente directo es el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) que involucra a EEUU, Canadá y México. “Con una población de 800 millones de personas y un Producto Interior Bruto (PIB) de 11 trillones de dólares, el ALCA sería la mayor zona de libre comercio del mundo, con acuerdos comerciales que afectarían todos los aspectos de la vida de las ciudadanas y ciudadanos de las Américas” (*Otra América es posible. Declaración contra el ALCA de las mujeres de Brasil*, Porto Alegre, febrero 2002). Un acuerdo comercial, desde Alaska a Tierra de Fuego, controlaría el 22% del volumen mundial y comprometería aspectos políticos, sociales, jurídicos, medioambientales y las posibilidades y el modelo de desarrollo de las sociedades. (Ver también *ALCA. Impactos económicos y ecológicos*, Instituto de Estudios Ecológicos del Tercer Mundo, Abya-Yala, Quito, 2002). Se trata de un proceso que es la continuación, ampliación y consolidación de un proyecto que afecta a todo el continente. El ALCA comporta la aceleración de los procesos de liberalización económico-financiera que ejercen su acción en las últimas décadas y ofrece un marco de regulación para la consumación de un modelo que privatiza todos los sectores y mercantiliza todo tipo de bienes. Un modelo en el que las empresas transnacionales podrán demandar a los gobiernos que perjudiquen sus beneficios mediante políticas de promoción social y protección al medio ambiente.

La armonización de las regulaciones en torno al comercio de bienes y servicios, de las inversiones y de la política de competencia desconoce las desigualdades estructurales. Un tema crucial en la agenda del ALCA es la propiedad intelectual, por los riesgos que ésta comporta para las poblaciones locales poseedoras de conocimientos ancestrales frente al poder de las transnacionales, y el aumento de la presencia militar estadounidense mediante el establecimiento de bases militares en territorios de países miembros. Según el embajador brasileño, Samuel Pinheiro Guimarães, este acuerdo corresponde a la estrategia de EEUU para superar su problema de sobreproducción, subordinar los espacios geoeconómicos del continente a las mega empresas estadounidenses y crear un bloque regional dominado por EEUU, capaz de suplantar la competencia de la Unión Europea y del bloque asiático en la disputa por la hegemonía económica, geopolítica y cultural del planeta. Sus planteamientos no contemplan los derechos humanos, el medio ambiente y el crecimiento y desarrollo con equidad; ni la política de subsidios agrícolas y de competencia entre actores con marcadas disparidades económico-tecnológicas, y las desigualdades en su nivel de desarrollo humano. Tampoco incorporan un análisis sobre los efectos diferenciados que las nuevas reglas comerciales y de inversión podrían tener sobre las mujeres y los hombres. Las primeras conforman el sector más vulnerable y afectado por la pobreza, la precariedad laboral, la escasa educación formal y la extendida discriminación y

opresión social.

Se omiten las desigualdades históricas y las políticas de promoción destinadas al reconocimiento de los derechos de las mujeres y a propiciar la igualdad de oportunidades. “Cuando las mujeres están a la cabeza de los índices de desempleo, cuando su acceso a la propiedad es apenas del 1%, su posición en el sector financiero y mercantil es casi nula, es una quimera creer que la liberación comercial permitirá un mayor acceso a la igualdad”, sostiene Irene León.

Las mujeres reclaman el reconocimiento de sus roles económicos, sociales y culturales y exigen un tratamiento que asegure la protección de sus derechos civiles, laborales, reproductivos, sexuales y humanos en general. Además de garantizar su participación en las negociaciones, es necesario que las experiencias de las mujeres sean consideradas en el diseño e implementación de políticas y programas, y en la definición de un tipo de integración regional que contemple los intereses nacionales.

Las alternativas a las actuales orientaciones del ALCA presentes en este libro se basan en las experiencias de mujeres brasileñas, bolivianas, argentinas y de otros países del continente, que han sumado sus voces para difundir el significado de este acuerdo y buscar de manera transparente y participativa opciones que no comprometan el futuro de sus sociedades.

Los pueblos indígenas y las minorías afrocaribeñas, dos de los grupos más afectados por la pobreza, el desempleo y la exclusión social producida por las políticas neoliberales, también

reclaman otra forma de integración: una integración entendida en términos de beneficios y solidaridad, y orientada a superar las desigualdades estructurales que constituyen un obstáculo al desarrollo humano, económico y tecnológico. Se trata de una visión orientada al desarrollo sostenible y a la distribución equitativa del ingreso y la riqueza, que tiene como principios la democracia y la soberanía popular.

El debate entre “ALCA social” y “NO al ALCA” continúa, al igual que los intereses estadounidenses y de sus corporaciones para llevar a cabo un área de libre comercio que garantice la hegemonía continental y mundial de este país. Sólo mediante la información y la efectiva participación de la sociedad civil será posible presentar alternativas frente a un proyecto de exclusión económica y social en nombre de los beneficios del libre mercado, que desde décadas justifica la consecuente destrucción del tejido social y productivo de las sociedades de América. El bienestar y progreso proclamados por este modelo están lejos de ser alcanzados. Y los resultados obtenidos no podrían ser más desalentadores.

Elizabeth Rodríguez
Socióloga, Master en
Cooperación Internacional y
Gestión de Proyectos
Instituto Universitario Ortega y
Gasset